

# Literatura sobre ruedas

SI ALGO HA QUEDADO meridianamente claro en el reciente encuentro internacional Literatura y Automóvil, organizado por la Fundación Barreiros en colaboración con la Fundación Mapfre, es la menor presencia que, en comparación con el cine, ha tenido en la literatura el que quizá sea el invento más icónico del siglo XX (aunque los primeros coches aparecieron a finales del XIX). Quizá la explicación resida en algo que apuntó Eduardo Mendoza: el cine y el automóvil son hermanos gemelos, nacieron al mismo tiempo y congeniaron enseguida. En todo caso, la lista de libros en los que el coche tiene un papel fundamental es enorme, entre otras cosas porque la novela y el relato se fijaron en él muy pronto. El propio Joyce introdujo una carrera de coches (además de una sagaz perspectiva del negocio del automóvil) en *Después de la carrera*, un cuento de 1904 que incluyó en *Dublinenses*. La tensión entre el viejo mundo del transporte de tracción animal y el nuevo que estaría dominado por el automóvil estuvo muy bien reflejada en la novela (Premio Pulitzer de 1919) de Booth Tarkington *Los magníficos Ambersons*, que Wells adaptó al cine en 1942. Desde Marinetti y los futuristas, la literatura no ha considerado el automóvil como mero medio de transporte, sino como un motivo eficaz para vehicular sentimientos e ideas. Incluso lo ha convertido en personaje dotado de cualidades y pasiones humanas (o sobrenaturales), como hizo Stephen King en su novela *Christine* (1983), llevada al cine por John Carpenter. El coche sirve en la literatura para el amor y el cortejo, para escapar (del hambre, del peligro, de la rutina, de la opresión), para matar y morir, para empezar de nuevo, como signo de estatus, como rito de paso, como instrumento de liberación (de todo tipo de cautiverio, incluido el del hogar patriarcal), como agente de excitación sexual (*Crash*, de J. G. Ballard, 1973). El automóvil, ese “admirable artefacto”, como lo llamó el entusiasta Ortega y Gasset en 1930, ha impregnado desde sus orígenes el imaginario colectivo y ha cambiado costumbres sociales profundamente arraigadas. La novela del siglo XIX descubrió el ferrocarril; la del XX, el automóvil. Los dos inventos forman parte esencial de algunas de las obras maes-

tras literarias de ambos siglos. Ahí tienen el encuentro de Anna Karénina y Vronski en el tren; o a Daisy Buchanan sentada en el Rolls Royce amarillo de su enamorado Jay Gatsby. El automóvil que refleja la literatura está hecho de la misma materia que los sueños y ansiedades de los que siempre se ha nutrido.

## Reciclajes

Recuerdo haberle escuchado decir a la perspicaz Beatriz de Moura (cuando aún no se había enfadado conmigo) que la edición era el único negocio en que el vendedor podía devolver el género al fabricante. La afirmación, que admite muchos matices, sigue teniendo vigencia. Claro que hay quien podría aducir que también se trata de un negocio

dentro de un espectacular lanzamiento de varios libros de tapa dura de cara a la campaña navideña de aquel año. El libro, coordinado por el profesor Domingo Ródenas, consistía en una útil recopilación de pequeños ensayos (unos mejores que otros, como siempre ocurre en este tipo de *readers*) acerca de los que, en opinión de sus autores, eran los mejores escritores del siglo pasado. El volumen, caro y con índices insuficientes, pasó sin excesiva pena ni gloria por las librerías, para, al poco tiempo, desaparecer del mercado primario (junto con otros de la misma promoción prenaveña) y pasar al de los libros de ocasión, donde mucha gente pudo comprarlo a un precio muy —pero que muy— inferior al marcado originalmente: un chollo, vamos. Bueno, pues ahora RBA lo reedita (a 28 euros) como cosa suya y

## América

Feliz (y repentina) abundancia de libros acerca de las Américas purísimas (“tierras que los océanos / guardaron / intactas y purpúreas”, las llamaba el adánico Neruda de las *Odas elementales*, 1954). Bueno, en realidad, todos se refieren a la América posterior al “descubrimiento” (como lo llaman los que creen que los europeos fueron quienes, con su llegada, dieron carta de naturaleza a todo un continente) o del “encuentro” (como dicen algunas almas bellas y vagamente humanistas). En mi breve selección dejo aparte el —en mi opinión— sobrealvalorado *Los nuestros*, el libro de Luis Harss (1966) acerca de un grupo insignie de escritores latinoamericanos que, entre otras muchas cosas, logró que sus colegas

españoles utilizaran mejor la lengua común, y cuya reciente reedición ha conseguido en la prensa española una cobertura mayor que si su autor hubiera ganado el Premio Nobel. De entre lo más interesante de todo lo demás, selecciono tres estupendos *travelogues* más o menos antropológicos: *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (Marcial Pons), de Alejandro de Humboldt, publicado originalmente en 1810, constituye un ejemplo perfecto de la nueva visión del paisaje propuesta por el célebre naturalista, en la que la descripción tradicional y el sentimentalismo prerromántico se complementan a la perfección; *El cóndor y las vacas*, diario de un viaje por Sudamérica (Sexto Piso), de Christopher Isherwood, ofrece la visión a la vez asombrada y distante de un viajero que, ya en 1947, trata de comprender la realidad de un

continente más allá del exotismo y el color local; *El árbol del viajero* (Elba) es el relato de un minucioso viaje por las Antillas realizado durante los años cuarenta por ese viajero excepcional, cultísimo y curioso que fue Patrick Leigh Fermor (1915-2011). Aparte de los mencionados, merece la pena reseñar la publicación española de *Dios en el Nuevo Mundo* (Crítica), del hispanista y americanista John Lynch, un estupendo estudio acerca de la evolución del cristianismo en América Latina, desde su imposición en la conquista hasta la implosión de la teología de la liberación. ●



Ilustración de Max.

en el que la sobreproducción (de títulos) se ha convertido en algo incontrolable y que, al contrario de lo que ocurre con otros productos, está lejos de tener en cuenta las condiciones reales del mercado. En plena carrera editorial prenaveña para ver quién factura más (obviando futuras devoluciones) me sorprenden especialmente determinados “reciclajes” que llegan estos días a las librerías con honor de novedad. Entre los que me han llamado la atención figura *100 escritores de siglo XX* (Ámbito Internacional), una reedición con pocos cambios del mismo título publicado por Ariel en octubre de 2008,

con cambios mínimos: se han reescrito docena y media de líneas del prefacio, se han suprimido las ilustraciones (malas), se han sustituido a tres escritores de la edición anterior (Benn, Papini y Bachmann) por otros tres (Murakami, Oe y Foster Wallace) y se han incluido mejores índices. En cuanto al continente, la nueva edición —fresada y no cosida— es de bastante peor calidad que la anterior. De modo que, entre unas cosas y otras, uno no entiende a qué responde esta reedición. En todo caso, espero de todo corazón que dentro de un año o así no me la encuentre en los baratillos.

# Un ajedrez con la crisis

## Apocalipsis Now. Una lectura actualizada del texto de san Juan

Vicente Verdú  
Península. Barcelona, 2012  
146 páginas. 16,50 euros

Por Pablo Nacach

COMO HICIERA Bergman en *El séptimo sello* conminando a Antonius Block a echar una partida de ajedrez con la muerte para engañarla y ganar un tiempo vital que, sin embargo, siempre es de ella, en *Apocalipsis Now* Vicente Verdú se sienta él mismo a jugar un ajedrez con la gran crisis que, seme- jando el laberinto de Scharlach, consta de una sola línea recta que es invisible, incesan-

te. Si ayer la peste negra devastaba la Europa medieval, hoy los arteros mecanismos del capital “vuelven a mostrar un rostro teratológico, una conducta asesina y un porte terminal”. Vivir para sí mismo y no para la especie: es esta la idea, es esta la praxis que dibuja un territorio para el que no es necesaria brújula alguna, porque sus puntos cardinales han sido previsoramente desmantados.

Ni manual de autoayuda ni opúsculo catastrofista; tampoco ensayo erudito y menos aún pasquín macroeconómico o teológico, el nuevo libro del autor de *La ausencia* es un sencillo soliloquio, un mano a mano intimista, un tú a tú sin tapujos que, a la manera del monólogo interior que nos pilla pensando en voz alta, establece Verdú con la época que nos asola y azota (a

muchos unos más que a poquísimos otros).

Sirviéndose del Apocalipsis de san Juan, texto que es a la vez profecía y revelación y constituye “la síntesis del amor y el dinero, de las pasiones y la represión, el desenlace de todas las fuerzas que han forjado el mundo conocido sin tener demasiado presente la oculta imagen de Dios”, Verdú realiza, pues, un viaje introspectivo al interior de las pasiones y de las razones, tanto humanas como divinas, haciendo especial hincapié en explicar(se) el porqué de la voracidad destructora de la crisis económica, el fondo de malicia basal del sistema “donde se halla el poder abyecto del dinero” o el rol desempeñado y la responsabilidad no asumida de los medios de comunicación en el aumento de las dimensiones del ho-

rror. Para comprender “el gran crimen que ahora sufre la humanidad”, particular interés reviste el capítulo dedicado al análisis de la naturaleza, el tamaño y la transparencia del mal, donde el autor equipara banalidad a maldad, mientras se pregunta qué instancia se encarga de castigar el crimen y qué otra se ocupa de difundir el bien, llegando a la conclusión de que todos los centros de valor están contaminados.

¿Revela la crisis actual una mutación radical del sistema económico y moral del mundo? ¿Es acaso profecía de una apocalíptica traca final? No da la impresión de que el viejo capital haya enrocado sus posiciones, haya variado su hoja de ruta desde la llamada acumulación originaria hasta la gran crisis de hoy; más bien como en él es habitual, chorreando sangre y lodo por todos los poros de la cabeza a los pies, opera otra vuelta de tuerca, ajustando a conciencia las clavijas que nos reducen y matan (a muchos unos más que a poquísimos otros). ●